

EL MINISTERIO

Parte 40

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo” - (Efesios 4:11-12).

En la lección anterior hablamos de lo que significa que Cristo llene todas las cosas, y más específicamente, de lo que significa que Cristo nos llene. A menudo hablamos de ser llenos de Cristo o de que Cristo está siendo formado en nosotros, pero, a mi parecer, la mayoría de las veces no entendemos qué implica eso o cómo funciona.

Sólo a manera de repaso. Cuando decimos que Cristo está llenando nuestra alma, no estamos hablando de un proceso mediante el cual vamos teniendo más y más de Jesús. Eso realmente no tiene sentido. Usted no tendrá más de Jesús una vez que haya nacido de nuevo. Cristo llena nuestra alma en la medida que la ocupa y la gobierna de acuerdo a la Verdad, en la medida que la conquista como Su territorio, nos conforma a Su muerte y reina en la vida de resurrección. Cristo llena nuestra alma conforme la naturaleza del primer hombre es obediente a la muerte que Cristo murió, y la naturaleza del nuevo Hombre llena, ocupa y habita en nuestro corazón a través de la fe. La fe es, literalmente, la mente del Señor, la visión de Dios, la luz de Dios, el entendimiento del Espíritu que obra en nuestra alma. Pablo ora por esto en Efesios 3.

Efesios 3:14, 16-17, “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo...para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones...”

Cristo está en nosotros mediante el nuevo nacimiento, pero habita en nuestro corazón mediante el incremento de la fe. Por medio de la fe el rey David incrementó las fronteras de Israel en el Antiguo Pacto. Por medio de la fe el rey Jesús incrementa las fronteras de Israel en nuestra alma en el Nuevo Pacto.

¿Qué es Israel? Alguien podría decir: “Un grupo de judíos”. ¡Respuesta equivocada! Otro podría intentar con: “Es una tierra en el Medio Oriente”. ¡Respuesta equivocada! “Es la iglesia”. ¡No, eso tampoco es correcto! Israel es el Hijo de Dios glorificado en un pueblo. Israel siempre ha sido el Hijo de Dios glorificado en y a través de un pueblo. Dios mismo lo dijo en Éxodo 4:22, “Israel es mi Hijo, mi primogénito”.

¿Qué significa eso? Significa, que desde el punto de vista de Dios, Israel nunca fue, primordialmente, un pueblo o una tierra. Israel era el Hijo de Dios que era glorificado a través de un pueblo, en una tierra, a través de ese pacto, de esa relación, de ese sacerdocio y reino y de esas leyes. Los descendientes de Abraham fueron las vasijas que Dios escogió para llevar en sí mismos el incremento de Él y Su gloria, pero si usted saca al Hijo de Dios del centro de los descendientes de Abraham, se queda sin Israel, porque “Israel es Mi Hijo, mi primogénito”.

Los profetas siempre advirtieron a los judíos sobre esto. Esa fue la disputa que sostuvo Jesús con los judíos de Su tiempo. Definitivamente, ellos eran hijos de Abraham, pero habían dejado de funcionar como Israel. ¿Por qué? Porque Israel es un pueblo en quien el Hijo de Dios es glorificado. Antes de que ese Hijo, literalmente fuera dado como la vida de Su cuerpo, esa gloria era conocida y vista a través de multitud de tipos y sombras que funcionaban en el Antiguo Pacto. Esa gloria fue vista en la separación del Mar Rojo, en el agua que brotó de la Roca, en el fuego que se cernía sobre el tabernáculo, en la montaña que se sacudía y ardía. Dicha gloria estaba en cuadros naturales que hablaban de realidades espirituales. Los judíos eran el cuerpo corporativo que llevaba la gloria del Hijo, eran la vasija corporativa en medio de los cuales Dios habitaba.

En el Nuevo Pacto Israel no es diferente en términos de definición, Israel sigue siendo el Hijo de Dios glorificado en un pueblo. La diferencia está en la manera en que todo lo de la gloria del Antiguo Pacto (los tipos y sombras naturales, eventos, lugares y cosas) se ha convertido en la gloria del Nuevo Pacto, en la que la vida de Dios ya reside, conquista, alcanza y conforma el alma del hombre. La razón por la que menciono esto acerca de Israel, es porque Israel es el Hijo de Dios que es glorificado en nuestra propia alma. Todos los cuadros de esa gloria en el Antiguo Pacto llegan a ser una *experiencia* literal de dicha gloria en el Nuevo Pacto, conforme Cristo va extendiendo las fronteras de Israel en nuestra alma.

En los tipos y sombras, la Tierra de Israel le fue dada a Abraham en su plenitud mucho antes de que fuera totalmente poseída. A fin de ser totalmente poseída, tuvo que ser tomada por fe. Sólo cuando la tierra fue poseída por el rey, hubo un rey que fue realmente glorificado en esa tierra. Mientras Goliat y sus incircuncisos compañeros filisteos reinaran y gobernaran en la tierra, aunque ya le pertenecía a Israel, Dios no sería glorificado en Israel. Sin embargo, cuando esa tierra fue tomada y conquistada por fe, Israel llevó la gloria del Hijo de Dios.

No podría haber un cuadro más claro y más útil de cómo obra esto en nuestra propia alma. La plenitud de Cristo nos es dada mucho antes de que dicha plenitud sea glorificada en nosotros. La plenitud de Cristo nos es dada en el nuevo nacimiento, y sin embargo, la glorificación de Cristo en nosotros tiene que ver con la expansión de las fronteras de Israel. Tiene que ver con llevar en nosotros la muerte de Goliat y el

incremento de David. Tiene que ver con que Cristo tenga la libertad de habitar en nosotros por fe. Todo esto conduce a Sión, a la perfección de la belleza. Sión, la ciudad del gran Rey. Sión, desde donde la gloria brilla para siempre.

Sión no es un lugar adonde vamos a ir. Hebreos nos dice sin lugar a dudas, que Sión es adonde hemos llegado; “...sino que os habéis acercado al monte de Sion” (Hebreos 12.22). El propósito de Sión es ser una ciudad, el ambiente donde Dios tenga plena libertad de glorificarse. Sión, las almas de los redimidos que llevan la gloria del Señor.

Mencioné en algún momento Juan 16, donde Jesús dice: “*Aún tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no las pueden sobrellevar*” (16:12; RVC). Mencioné este versículo porque tiene que ver con ser llenos de Cristo. Tiene que ver con la medida de la plenitud de Cristo que usted y yo llegaremos a tener operando en nosotros. El Señor es capaz de llenar nuestra alma y expandir las fronteras de Israel al punto de que usted y yo seamos capaces de “sobrellevar” lo que Él nos dice. No puedo decirle cuán importante es para nosotros comprender esto a nivel de corazón. Dios no se está comunicando con nosotros por ninguna otra razón que no sea para que literalmente llevemos en nosotros, en nuestra alma, la realidad de lo que es comunicado.

Ahora bien, cuando digo “lo que Él dice” o “lo que es comunicado”, no estoy hablando de palabras que nos son dichas, estoy hablando de la Palabra que es revelada en nosotros. No estoy diciendo que Jesús nos enseña palabras y espera que las pongamos por obra. Estoy hablando de la palabra que es espíritu y es vida revelada en nosotros, con la expectativa de que llevemos en nosotros esa imagen, de que seamos conformados a la realidad que Él nos enseña en la Luz.

Dios no está buscando enseñarnos los hechos correctos acerca de Su Hijo, sino transformarnos en Israel, la glorificación de Su Hijo. Él no quiere enseñarnos lecciones acerca de Cristo, quiere que llevemos en nosotros a la persona de Cristo. Dios quiere expandir las fronteras de Israel en nosotros, para que llevemos una mayor medida de Su plenitud. Esto me conduce justo a unos versículos que quiero que veamos.

Efesios 4:10-12, “*(...El que descendió es también el mismo que ascendió mucho más arriba de todos los cielos, para poder llenarlo todo). Y El dio a algunos el ser apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros, a fin de capacitar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo*”. (BLA)

Bien, ¿qué es un apóstol? ¿Qué es un profeta, un evangelista, pastor o maestro? “Bueno, es una persona que...” “¡Deténgase! ¡Comenzó mal!” Verá, nuestro problema en la iglesia de hoy con respecto al entendimiento de estas palabras, es que nuestra perspectiva de ellas inicia con un desesperanzador fundamento centrado en el hombre. Pensamos, principalmente, que un apóstol, profeta, evangelista, pastor o maestro, es una

persona que funciona con un don específico, cuando en realidad es Cristo funcionando hacia Su fin específico. No estoy diciendo que las personas y los dones no estén involucrados, pero es, precisamente, porque nuestro acercamiento a estos versículos es con una perspectiva centrada en el hombre y en el mundo, que nos encontramos con la vergüenza que vemos hoy en la iglesia en relación a estos llamados oficios.

No sé si hay algo más vergonzoso en la iglesia de hoy, que lo que hemos hecho los últimos 20 años con estas cinco palabras. No quiero comentar todos los detalles de ellas, sólo quiero señalar que hace mucho tiempo en el Antiguo Pacto, si usted sacaba al Hijo y Su sustancia, definición y realidad de en medio de Israel, quedaba lo que Dios consideraba una abominación digna de destrucción. Igualmente hoy, si usted saca a Cristo del centro de estas funciones en el Nuevo Pacto, si Cristo no es la vida, fuente, propósito y sustancia de ellas, tenemos algo igualmente abominable y contrario al propósito.

Estas cinco palabras, las cuales en realidad sólo incluyen cuatro títulos en el griego (la última se traduce mejor como pastor/maestro, o pastores que son maestros), no son la descripción de dones naturales humanos que Dios desea dirigir hacia Su propósito. En otras palabras, sólo porque usted sea naturalmente un buen comunicador y disfrute de la lectura, no hace que usted sea, automáticamente, un maestro una vez que ha nacido de nuevo. Sólo porque ama viajar y disfruta las charlas de motivación, no hace que usted sea un apóstol. El hecho de que haya trabajado cinco años para la línea de ayuda psíquica, no significa que usted calce para un papel profético en el cuerpo de Cristo. ¡No es así como funciona!

No hay habilidades naturales siendo usadas por Dios, estas palabras corresponden a expresiones de Cristo que son para la edificación de Su cuerpo. No niego que los dones naturales entren en juego, pero la realidad de los llamados oficios corresponde directamente a la medida de Cristo que obra en un individuo por el bien del cuerpo del Señor, no a la medida de entusiasmo, ni a la medida de carisma, ni a la medida del don, sino a la medida de Cristo que funciona en el alma y hacia el incremento de la Semilla en otros.

Más específicamente, la función de cualquiera de estos ministros corresponde directamente a la medida en que ellos han sido obedientes a la muerte de Cristo. ¡No solemos pensar sobre esto así! Pensamos que Dios envía personas para que sean lo que puedan ser. Pensamos que Dios aprovecha nuestros dones y luego nos manda a África para ganar a los paganos. ¡Así no es como funciona! ¡No realmente! Cuando Dios envía a alguien a ministrar Su cuerpo, lo envía a morir, si va a haber fruto en un área en particular en el cuerpo de Cristo, el Señor sabe que lo que Él realmente necesita es enviar a esa área una semilla muerta. Sólo cuando una semilla cae a la tierra y muere es que lleva mucho fruto.

Cuando Dios envió a Pablo en su viaje misionero, no lo envió en la fuerza y honor de lo que nosotros llamamos ahora ministerio apostólico, no lo envió con pompa, suntuosidad, confianza y dones. No, así es como nosotros lo hacemos hoy. Si usted tuviera una iglesia suficientemente grande, le enviaríamos un apóstol para que realizara una conferencia el fin de semana por el precio correcto, lo enviaríamos en primera clase, esperaríamos que regresara del centro de conferencias y que no se enredara con preguntas y necesidades posteriores. Cuando Dios enviaba a un hombre o a una mujer, los mandaba en debilidad y temor del Señor, que llevaran en sí mismos la muerte de Cristo, para que la vida de Cristo obrara lo que es el verdadero ministerio.

Note cómo se describe Pablo a sí mismo:

1 Corintios 2:1-5, *“Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”*.

¿Por qué? ¿Cuál era la expectativa de Pablo en el ministerio? Sencilla. Si la cruz era capaz de mantenerlo fuera del camino podría haber fruto entre esas personas. Si él podía llevar en sí mismo el decrecimiento, la muerte del Señor, entonces podría haber una expansión de las fronteras de Israel en aquellos a quienes ministraba. Veamos como lo pone:

2 Corintios 4:11-12, *“Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De manera que la muerte actúa en nosotros, y en vosotros la vida”*.

“Que la muerte obre en mí, pero la vida en ustedes”. Este era el entendimiento de Pablo del ministerio apostólico: “Soy conformado a Su muerte para que haya algo de Cristo que pueda ser visto, compartido y ministrado”. Si usted va a ir a algún lugar, sea a una conferencia grande o a la casa de su vecino, y tiene la expectativa de ministrar de acuerdo a uno de estos oficios, puede estar seguro de una cosa, conseguirá fruto plástico, a menos que vaya como una semilla muerta.

Juan 12:23-26, *“Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para*

vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor...”

Note como justo después de mencionar la semilla muerta, Jesús les muestra que Él no está hablando sólo de Sí mismo. Definitivamente, sólo Él es la Resurrección y la Vida. Él es la vida de todas las cosas o ellas no tienen vida. Pero, a menos que llevemos en nosotros Su muerte y permanezcamos en Él, no llevaremos nada de Su fruto. A menos que perdamos nuestra vida y lo sigamos, no habrá fruto del todo.

¿Sabe usted que perder su vida y seguirlo a Él son sinónimos? No hay un genuino seguir a Jesús que no involucre ser conformados a Su muerte. No seguimos a Jesús alrededor de la tierra, lo seguimos hacia fuera de la tierra. No seguimos a Jesús a ningún otro lugar que no sea Su muerte para poder alcanzar Su resurrección. Él dijo en Juan 12:26 que si alguien quería servirlo tendría que seguirlo adónde Él estaba yendo. ¿Adónde estaba dirigiéndose Él? ¿Qué estaba a punto de hacer? “...*si el grano de trigo no cae en la tierra y muere*”; así es cómo y dónde seguimos al Señor.

Jesús no está tratando de hacer que usted lo siga durante el día. Es decir, Él realmente no lo está conduciendo a la oficina de correos, luego a un club, luego a ayudar a una anciana a cruzar la calle...eso no es lo que significa seguir a Jesús. Seguir a Jesús es seguirlo en el “camino”, y camino es un término cargado de significado. El camino es mostrado en el éxodo de Egipto, donde empieza con sangre en una puerta. Es mostrado en el tabernáculo. Es mostrado en la cruz. El camino es muerte, sepultura y resurrección, y nosotros realmente no seguimos a Jesús, independientemente de donde pensemos que nos dijo que fuéramos o lo que creemos que nos dijo que hiciéramos, si no lo seguimos en Su muerte a través de la sepultura hacia el terreno de la resurrección. Estos cuatro o cinco oficios tienen que ver con servirle al Señor, pero para servirle al Señor usted y yo debemos seguirlo adonde Él está. Ahí, habiendo llegado por la vía de la cruz, lo único que queda para ofrecerle al alma es la medida de Cristo que está obrando en nosotros.

Estos cuatro títulos, apóstol, profeta, evangelista y pastor/maestro, tienen que ver con ministerio. ¿Qué es ministerio? ¡Si sólo nos detuviéramos para hacerle al Señor esta pregunta antes de salir e iniciar un ministerio! Ministerio no es lo que nosotros hacemos, decimos o a donde vamos por el Señor. Ministerio es la medida de Cristo que obra en lo que hacemos, decimos o vamos. El verdadero ministerio es la medida de Cristo. NO es la medida de asistencia en una reunión, no es la medida de salvados en un culto, no es la medida de cuerpos sanados, no es la medida de emoción, no es la medida de libros vendidos, dinero levantado o de caras sonrientes. La medida del ministerio es la medida de Cristo, y francamente, el único que puede verdaderamente ver dicha medida es el Padre, quien está buscando a Su Hijo.

¡Oh, nosotros odiamos eso! Odiamos no poder medir. Primero que todo, odiamos que no seamos nosotros los medidos, y peor que eso, que no haya manera de que saquemos nuestra cinta métrica y midamos qué tan bien lo estamos haciendo. El hombre adámico vive para hacer reportes, vivimos para evaluarnos. La razón por la que lo hacemos, es porque vivimos, respiramos, trabajamos y servimos, casi exclusivamente, para la alabanza de los hombres, para la gloria que proviene del hombre. Vivimos para lo que puede ser visto por los hombres. Reputación, aprobación, aceptación, agradecimiento, éxito, estas son las palabras que hacen que el mundo gire, estas son las palabras que nos hacen salir de la cama en la mañana y por las que trabajamos todo el día. Reputación, aprobación, aceptación, agradecimiento, éxito, son las palabras que hemos traído a la iglesia y asociado con los títulos, apóstol, profeta, evangelista, pastor, maestro.

Esto no es cierto en todos los casos, hay personas que funcionan en estos ministerios de acuerdo a la medida de Cristo. Pero mucho de lo que vemos hoy en la iglesia, es la misma envidia, escala de ascenso y auto-promoción que vemos en el mundo de los negocios de los incrédulos. No obstante, antes de que el hombre usara estos oficios para glorificarse a sí mismo, fueron dados por Dios para glorificarlo a Él. Ellos eran, sencillamente, las diversas formas en las que la medida de Cristo obraba en y a través de personas para la edificación de Su cuerpo. Ellos obraban en y para el cuerpo, para que Cristo lo llenara todo. No funcionaban, como muchos hacen hoy, en pro del levantamiento de más grandes y mejores profetas y apóstoles. Ellos no formaron escuelas de profetas o un centro de entrenamiento apostólico. Dios estableció las funciones por medio de la medida de Cristo y cada una obraba para la edificación del cuerpo.

Hablar de la edificación del cuerpo de Cristo es lo mismo que hablar de que Cristo llena nuestra alma de Sí mismo, es lo mismo que llevar en nosotros una mayor experiencia y operación de Cristo por fe. ¿Quiere ver un apóstol? Será aquel que lleva en sí mismo la muerte del Señor Jesús, para que la vida de Cristo sea glorificada en una persona. ¿Quiere ver un profeta? Será aquel que está siendo conformado a la muerte de Cristo, para que pueda hablar a partir de la mente del Señor.

Ahora, sólo por el bien de las definiciones claras, la palabra apóstol sencillamente significa “enviado”. Es la forma sustantiva de la palabra griega que significa “enviar”. Sé acerca de todos los debates en la iglesia sobre cómo definir a un apóstol y de quiénes deben llegar a ser llamados por ese nombre. La única razón por la que discutimos acerca de cosas así, es porque estamos preocupados sobre quién debería recibir el honor de usar dicho título. Pero verá, eso prueba que ni siquiera sabemos que es ministerio. NO hay honor para un **hombre** en llevar dicho título, al contrario, hay un desprecio externo y una muerte interna para la persona que lo lleva. ¡¡Hemos entendido todo mal!! En un verdadero apóstol el único honor es en y para Cristo, quien está siendo formado en Su Cuerpo. Esa es la recompensa, Cristo formado en Su Cuerpo. Esa fue la recompensa por la que Cristo trabajó.

En todo caso, un apóstol es un “enviado”, aquel en quien el Señor obra para establecer iglesias que se reúnen en la verdad. Entiendo “profeta” como aquel a través del cual el Señor comunica su perspectiva, el que habla desde la mente del Señor por fe. Algunas veces esto tiene que ver con cosas o eventos en la tierra, pero más a menudo y más importante, esto tiene que ver con la realidad espiritual conforme está en los cielos. Entiendo “evangelista” como aquel alrededor de quien el Señor congrega a los que tienen un corazón para conocerlo a Él; uno que proclama la verdad conforme está en Cristo, alimenta a los bebés y los lleva a una comunidad donde pueden crecer en Cristo. Un “pastor/maestro” es aquel que atiende y alimenta un rebaño desde la infancia hasta la madurez en el Señor, y los lleva de la leche al alimento sólido para que puedan crecer en todas las cosas en la cabeza, la cual es Cristo. Para presentar a un pueblo creciendo plenamente en la verdad y en la plenitud de la luz del día de Cristo.

Todos estos oficios o ministerios se traslapan y se mezclan. Son distinguibles por la función, pero no es como si usted pudiera ser sólo uno u otro. Creo que Pablo, por ejemplo, tenía al Señor obrando poderosamente en él en cada una de estas formas, pero no debemos creer nunca que a él le importaba ser conocido por un título. Sé que él insistió una o dos veces en sus cartas en que era un apóstol, pero sólo porque quería que sus iglesias escucharan y recibieran la verdad que él llevaba como por el Señor. Él no estaba peleando una posición, era la verdad que él proclamaba. Cualquier otro evangelio era anatema, y que ellos rechazaran el evangelio de Pablo era rechazar la verdad del Señor Jesucristo.